

Antelme y el ángel de Reims

Tomás Iosa

Entre los textos menores de Robert Antelme figura un enigmático escrito de publicación póstuma que pareciera haber pasado desapercibido ante los ojos de una crítica muy ocupada en la Memoria. No obstante, por diferentes motivos, esas dos carillas dedicadas a meditar sobre la representación del ángel en la catedral de Reims que fueron escritas con una premura que difícilmente logran disimular, parecen insertarse en un sinfín de senderos filosóficos, de inquietantes interrogantes sobre el poder, la historia, lo humano, la religión y sus símbolos.

Publicado tardíamente por la revista *Lignes*, «*L'ange au sourire*», a diferencia de la mayor parte de sus escritos, no parece ligado a la coyuntura de ninguna batalla política. Y sin embargo, un dolor más antiguo lo atraviesa. Posee algo propio del fragmento, pues no forma sistema y algo cercano a la confesión que no puede nunca ser menos que absoluta.

Bien conocida es, en cambio, la décimo primera tesis benjaminiana sobre la Filosofía de la Historia donde aparece otro ángel, de rostro convulsionado. Probablemente Antelme conociera esos párrafos y los tuviera presentes al escribir *El ángel sonriente*. De cualquier modo, nosotros, herederos de escritos sobre cuadros y catedrales, ya no podremos leerlos sin suponer que han entablado una larga charla que nos precede.

Walter Benjamin, describe un cuadro de Paul Klee. Un ángel es arrastrado por las ráfagas de la tormenta. Su rostro convulsionado contempla las ruinas que se acumulan tras su trayectoria asimilada al devenir histórico. Su mirada desencajada reposa sobre los restos de lo que nosotros llamamos «progreso». El ángel quisiera cerrar las alas y detener la catástrofe, pero el viento se ha enredado en ellas, atrapándolo irremisiblemente.

Robert Antelme se detiene, primero, en el estilo gótico de la catedral de Reims.

En las estatuas góticas, dice, «ningún personaje está ensimismado en su pasión solitaria». La catedral es el «Edificio sublime del poder que se impulsa y despliega como único». El gótico —¿pero acaso es exclusivo del gótico?— no deja lugar para un afuera del poder. Los edificios del poder, aparentemente, no tienen reverso.

Entonces aparece el ángel que sonríe con una ligera inclinación de la cabeza. «No pertenece al mundo que le rodea.» Indudablemente está allí pero ni como partícipe ni como espectador. Antelme se detiene en esa estatua serena pero sin triunfo, pues no quiere que se confunda su serenidad con aquella de las cariátides.

¿Cual es el significado de la serenidad de estas mujeres-columnas? Expresan una verdad que se ha vuelto ligera, cuyo peso ya no duele soportar. Pero es una estabilidad alcanzada a través de un triunfo incuestionable. Sostienen el edificio del poder con expresión serena. Ciertamente, ya no están luchando, ya no sueñan con resistir a la institución del poder. Forman parte de un poder tan fuertemente instituido que ya se ha olvidado su institución. O lo que es igual, el relato de su institución ya se ha vuelto un mito. Las cariátides son las estatuas de tales mitos.

Puesto que no es una cariátide, Antelme puede decir, del ángel de Reims, que «[de] *Entre los angeles de la cristiandad, él es sin dudas el único que no pertenece a esta historia.*»

El ángel de Reims no es un ángel mesiánico, no es el ángel del fin de la Historia, ni el de alguna Anunciación. Quizás así se comprenda que «*No le sorprenden las lágrimas de las mujeres, no participa de la alegría general, ni de la gloria común, ni de la deliciosa música del pueblo.*»

Toda Anunciación conlleva una mirada espectante y prepara la llegada de un Reino. Todo Reino abre la posibilidad de una Historia que puede elogiarse o deplorarse. Intentar cambiar el sentido de la Historia implica necesariamente, a pesar de toda buena intención, triunfar sobre algo.

Cualquiera sea el caso, el ángel de la Catedral de Reims al que se refie-

re Antelme, no es un ángel de la Historia como el del cuadro de Klee, al que se refiere la tesis de Benjamin. Su mirada no indica ningún sentido histórico. No otorga sentido. Desconcierta por su aparente indiferencia. «...no triunfa sobre ningún mal: no participa en nada del Poder. Él no reina.»

Pero entonces, esa sonrisa deja suponer que su mirada se pasea indiferente sobre todo acontecer, con una sabiduría oriental. Se trataría de la sonrisa de Buddha que mide todo según la balanza de la vanidad. Para Antelme, la sonrisa de Buddha esconde la mueca irónica de la autoridad.

En la sonrisa del ángel de Reims no hay ninguna sabiduría que triunfe, aunque más no sea a través de la indiferencia, sobre la historia.

«Si la sonrisa de Reims no es aquella de la autoridad, se debe a que el ángel está en la ciudad como perdido y sin embarco como el único visible». ¿Debe pensarse que le conviene el adjetivo «abandonado»?

Antelme dirá que está «aplastado» pese a no cargar con el peso del poder, ni de ninguna institución.

«No es la piedra que junto a otras piedras carga con el conjunto de esta familia unida sobre sí misma, enorme, diversa y estrecha, donde cada quien posee un nombre y que ha coronado con tales nombres tanta posteridad».

Pero entonces, ¿qué le aplasta?

¿Acaso el ángel es lo que se pierde irremediabilmente en todo relato, en toda re-presentación? Es así que «Sin embargo, no está aplastado por éste edificio, por éste acontecimiento, por éste poder en particular, está aplastado desde siempre y para siempre».

Bibliografía

Robert Antelme, *Textes inédits sur "L'espèce humaine". Essais et témoignages*, Ed. Gallimard, 1996.